

Cupido 13

Ricardo Mariño

Ilustraciones de Poly Bernatene



Lectulandia

¡Alarma en Parque Centenario! En su primer día de trabajo, un ángel cupido comete unos cuantos errores; flecha el corazón de un escritor, pero el siguiente flechazo va a parar a un puesto de comida. ¡El escritor se enamora de una milanesa! Baila con ella, la lleva al cine, le recita poesías.

Además, hace que una mujer se enamore de un semáforo y que otro señor se enamore de una sombra. Los líos recién comienzan.

Ricardo Marino nos trae esta novela llena de humor que entrelaza distintas historias y narra las desventuras de un sin fin de personajes increíbles.

Lectulandia

Ricardo Mariño

Cupido 13

ePub r1.4

Ariblack 10.10.14

Título original: *Cupido 13*
Ricardo Mariño, 2007
Ilustraciones: Poly Bernatene
Diseño de cubierta: Poly Bernatene

Editor digital: Ariblack
Corrección de erratas


1. r1.1 paulis949
2. r1.3 alvarmaciel

ePub base r1.1

más libros en lectulandia.com

Para Cecilia...



 La Escuela de Ángeles funcionaba en una nube esponjosa y oscura, que iba y venía suavemente por el cielo. Al divisarla desde allá abajo, en la tierra, los meteorólogos de la televisión se apuraban a pronosticar horribles tormentas. Pero se equivocaban: la nube era oscura debido a la poca prolijidad de los angelitos alumnos que la manchaban con sus dedos untados de chocolate o la rayaban con marcadores.

La educación de los ángeles incluía un ciclo inicial en el que se recibían de ángeles de la guarda, y una especialización final, de un año. Las especializaciones eran de lo más diversas: «Protector de niños torpes».

«Protector de abuelos que suelen extraviar sus dentaduras postizas».

«Protector de personas de manos temblorosas, dedicadas a coleccionar frágiles animalitos de cristal».

Y mil cuatrocientas noventa más.

A cada persona, grande o pequeña, gorda o delgada, se le destinaba un ángel de la guarda. Lo mismo a cada gallina, gato, serpiente, mosca, cocodrilo o lo que fuera.

En la Administración del Cielo trataban de que ese ángel estuviera bien preparado para resolver cualquier tipo de problema. Así, la tarea diaria de un ángel de la guarda podía resultar bastante complicada, porque hay personas que en el mismo día se caen de una escalera, untan la tostada con crema dental o estornudan en la cara de un policía. El ángel debía estar atento para evitar esos accidentes.

Para un ángel de la guarda responsable de su trabajo, un día completo de cuidar a alguien distraído o amante del peligro parecía durar cien horas.

Por esa razón, una vez terminada la escuela común, muchos elegían una especialización más agradable y divertida: ángel cupido. Esta nube oscura precisamente era una de las escuelas especiales destinadas a formar cupidos que ya se habían recibido de ángeles.

Como todo el mundo sabe, un ángel cupido se especializa en el arte de hacer que dos seres se enamoren. Su tarea es menos complicada que la de un ángel de la guarda.

No es lo mismo tener que impedir que un niño arrastre de los pelos a su hermanito o se trague el control remoto del televisor, que andar por allí viendo a quién flechar para que se enamore.

Los ángeles cupidos suelen ser más bulliciosos y alegres que los ángeles de la guarda y por eso la nube oscura era la más ruidosa del cielo, y especialmente lo era aquella tarde en que se celebraba la entrega de diplomas.

Esta historia precisamente comienza el día de la Gran Fiesta de Fin de Año, un 13 de diciembre.

Los alumnos estaban formados, y frente a ellos se encontraban las autoridades y los maestros. La ceremonia era interminable. Como los angelitos son eternos, sus fiestas y ceremonias pueden durar muchísimo e incluir decenas de canciones y montones de discursos.

Pero de todos, éste era el momento de mayor expectativa porque después de los catorce discursos de las autoridades y del director, se daba lugar a la entrega de diplomas, destacándose con uno especial al mejor alumno del año.

Hitoshi, el más sobresaliente de los alumnos, seguía con nerviosismo el desarrollo del acto. No lo inquietaba tanto que le hubieran asignado la fila trece y el asiento trece, porque siempre, hiciera lo que hiciera, le tocaba ese número. Pero sí hubiera preferido no ser el mejor con tal de no tener que subir al escenario y tener que agradecer, hablando por el micrófono. Temía tropezar al subir la escalera, estornudar cuando le entregaran el diploma o tartamudear y equivocarse cuando le tocara pronunciar sus palabras de agradecimiento.





UN PERRO ESCAPA DE SU CASA



Perpendicular a la nube, allá abajo, en la tierra, había un perro enorme, blanco y peludo como un oso. Se llamaba Confuso, y en ese momento —cinco de la tarde del domingo— estaba en el patio de su casa, mirando pasar aquella nube más oscura que las demás.

Confuso pensaba en la tormenta que se podía desatar. También pensaba en su dueño, el señor Dimitri Dimitrovich.

Era bastante común que Confuso tuviera dos pensamientos a la vez. En general se trataba de dos ideas que no tenían nada que ver una con la otra, pero que poco después se juntaban.

Cuando se juntó el pensamiento «nube oscura» con «Dimitri Dimitrovich», apareció un tercer pensamiento. El tercer pensamiento decía: «Dimitri está durmiendo la siesta. Esa nube oscura indica que va a llover. Para cuando Dimitri se despierte ya habrá empezado a llover y yo me quedaré sin paseo por el parque. Maldito dormilón».

Los siguientes pensamientos de Confuso estuvieron dirigidos a criticar a su dueño: era el humano más aburrido que conocía. Nunca iba a pescar, no jugaba con una pelota, no paseaba en automóvil o en bicicleta. Tampoco discutía con su esposa como hacía el vecino. Y claro ¡si no tenía coche, bicicleta ni esposa!

La mayor parte del día Dimitri miraba la pantalla de una computadora y golpeaba el teclado con sus dedos. Otros humanos se ocupan de escalar montañas, pintar casas, cortar sabrosos trozos de carne, viajar en naves espaciales o entrenar perros. Dimitri, no.

Cuando no pasaba horas leyendo libros y mirando la pantalla de la computadora, se iba de la casa ¡sin su perro!, y no volvía hasta la noche.

Las comidas que preparaba Dimitri consistían en insulsas sopas o alguna otra cosa con verduras. A su perro le servía un plato con ese desagradable alimento en

caja, que Confuso no tenía más remedio que tragar mientras olía el delicioso aroma a carne asada que venía de la casa vecina. ¡Qué gente divertida debían de ser esos vecinos! ¡Peleaban entre ellos, se tiraban objetos y comían huesos asados!

Pero lo peor de Dimitri era esa costumbre de dormir los domingos a la tarde, sin tener en cuenta que podía llover y que en ese caso su perro podía quedarse sin paseo. ¡Con lo lindo que es pasear!

El pensamiento «siesta» se juntó al pensamiento «qué lindo que es pasear» y de los dos salió un tercero: «me escapo».

Confuso saltó a una silla, de la silla a una mesa y de la mesa al tapial. Una maceta que estaba sobre la mesa se cayó, rodó hasta el borde y se hizo trizas contra el piso. ¡Con lo que su dueño quería a esa planta!

Confuso no pudo mantenerse parado sobre la pared como había imaginado, sino que directamente cayó del otro lado y fue a dar de cabeza contra un árbol.

Cuando se recobró, caminó unos pasos mientras pensaba en que nunca había estado solo en la calle.

Con una mezcla de miedo y alegría salió corriendo hacia el parque. Era libre. Nunca más sería un perro encerrado en un patio. Recorrería el mundo. Viviría mil aventuras. Comería carne. Hablaría otros idiomas. Nunca más regresaría a la casa del aburrido Dimitri Dimitrovich.

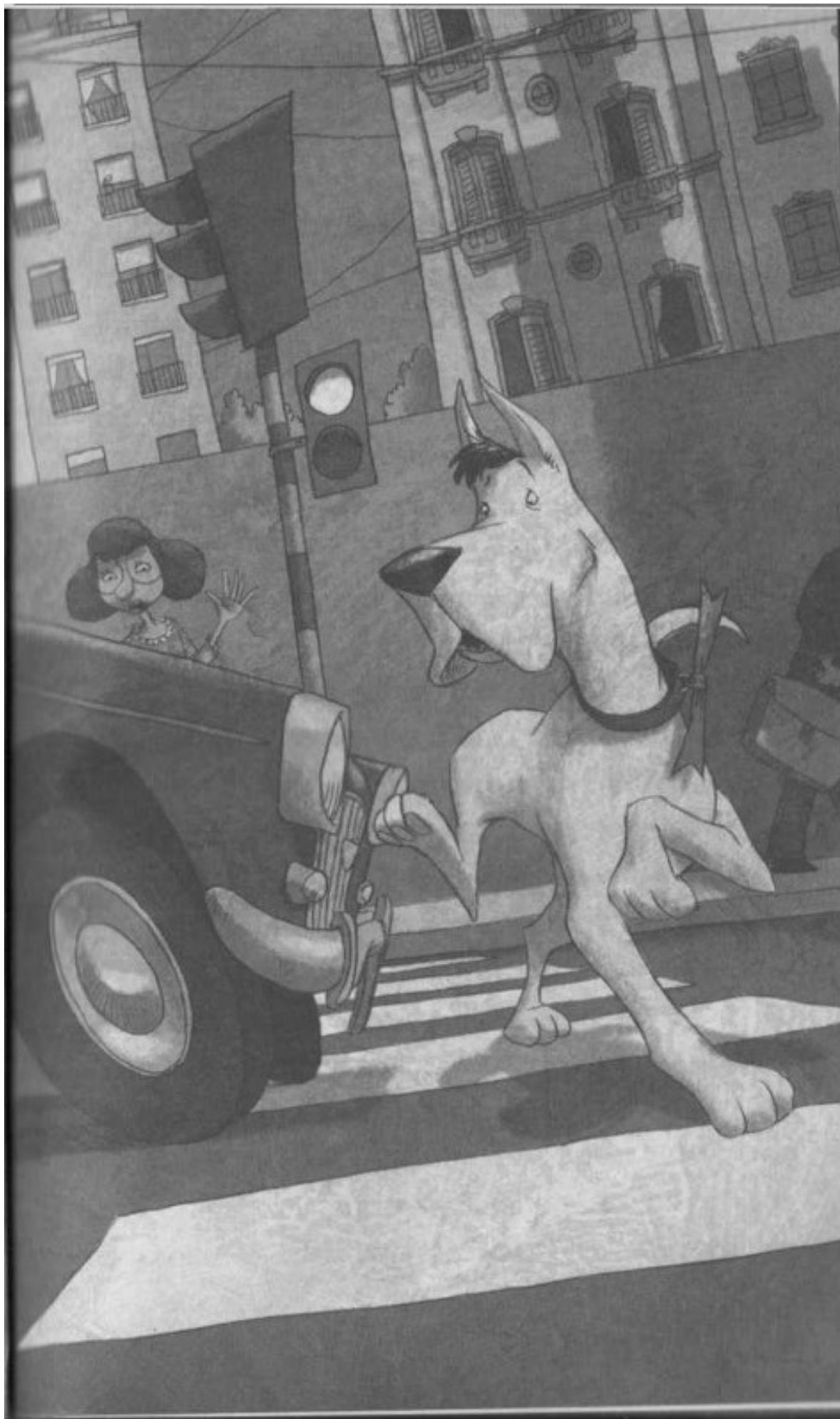
Tan entusiasmado iba, que cruzó la calle a la carrera sin mirar el semáforo. Tres automóviles que venían muy rápido frenaron a centímetros de Confuso que aulló como si lo hubieran llevado por delante. ¿Habían comenzado las aventuras?

En el parque encontró a un caniche parado delante de una bolsa de plástico. Iba y venía, hacía dos pasos para cada lado y cada vez volvía a mirar la bolsa.

Confuso jamás había tenido un perro amigo y ahora que andaba solo se le ocurrió que podía intentar que ese caniche fuera el primero. Sólo que desconocía cómo se inicia una amistad. Seguramente no correspondía ir directamente a decirle al otro «quiero ser tu amigo». Debía haber otra manera. Por ejemplo, hacer algo que despertara la admiración del otro.

Para caerle bien a ese perro se le ocurrió romper la bolsa de residuos. Seguramente el caniche no se atrevía a hacerlo por miedo a que un humano se enojara. Era tan pequeño que debía temerle a todo.

Confuso se dijo que ésa era una buena oportunidad para él. Mordió la bolsa, la sujetó con sus patas delanteras y sacudió la cabeza de un lado a otro.



Al rasgar el plástico, apareció una lata. Una boca enorme como la suya, se dijo Confuso, bien podía romper esa lata. Así que preparó su mandíbula, cerró los ojos y dio un potente mordiscón. De inmediato se esparció a su alrededor un intenso olor que lo asqueó bastante.

El otro perrito se acercó, miró con cierta curiosidad y luego retrocedió un par de metros. Miraba a Confuso y a la lata, como si no terminara de entender lo que veía.

Lo que había en la bolsa tenía un gusto muy desagradable pero a Confuso le pareció que si no lo comía, el caniche iba a pensar que él era uno de esos perros delicados y bobos que comen alimento comprado. De modo que se llenó la boca de esa pasta dudosa y tragó un poco. Con el segundo bocado le hizo una seña al caniche para que se acercara si quería compartir ese manjar. El caniche se acercó, olió la bolsa y, con un gesto de repugnancia, preguntó:

—No es... ¿cera para pisos? ¿Qué clase de perro come eso?



mientras el director leía el discurso número doce, Hitoshi trataba de imaginar cómo sería su vida a partir del lunes a las 13 horas cuando tuviera que salir a trabajar. Esperaba que le tocara una plaza o un lindo parque. Un lugar con árboles, pájaros y mucha gente. En ese tipo de lugares, además, la tarea de un ángel cupido es más fácil y entretenida.

El curso había sido bastante difícil, sobre todo a consecuencia de un compañero llamado Kikuchi, que durante todo el año se había burlado de él. El día de comienzo de clases, mientras esperaban la entrada del primer profesor, Kikuchi se dedicó a ponerles apodos a todos los alumnos. «Orejas», «Torpe», «Barril», «Marciano», «Tribilín», «Cabeza de televisor», etcétera.

A Hitoshi lo llamó «Nariz».

Hitoshi sonrió, tratando de fingir que el apodo lo tenía sin cuidado, pero supo en ese instante que ni un solo día, de todo el tiempo que estuviera en la escuela para cupidos, sería llamado de otra manera. ¡Y siempre le había molestado que lo cargaran por su nariz! Porque la nariz de Hitoshi era, digamos, un poco grande. Más que lo común. Una nariz llamativa. Grande como una zanahoria. Una nariz de trece centímetros.

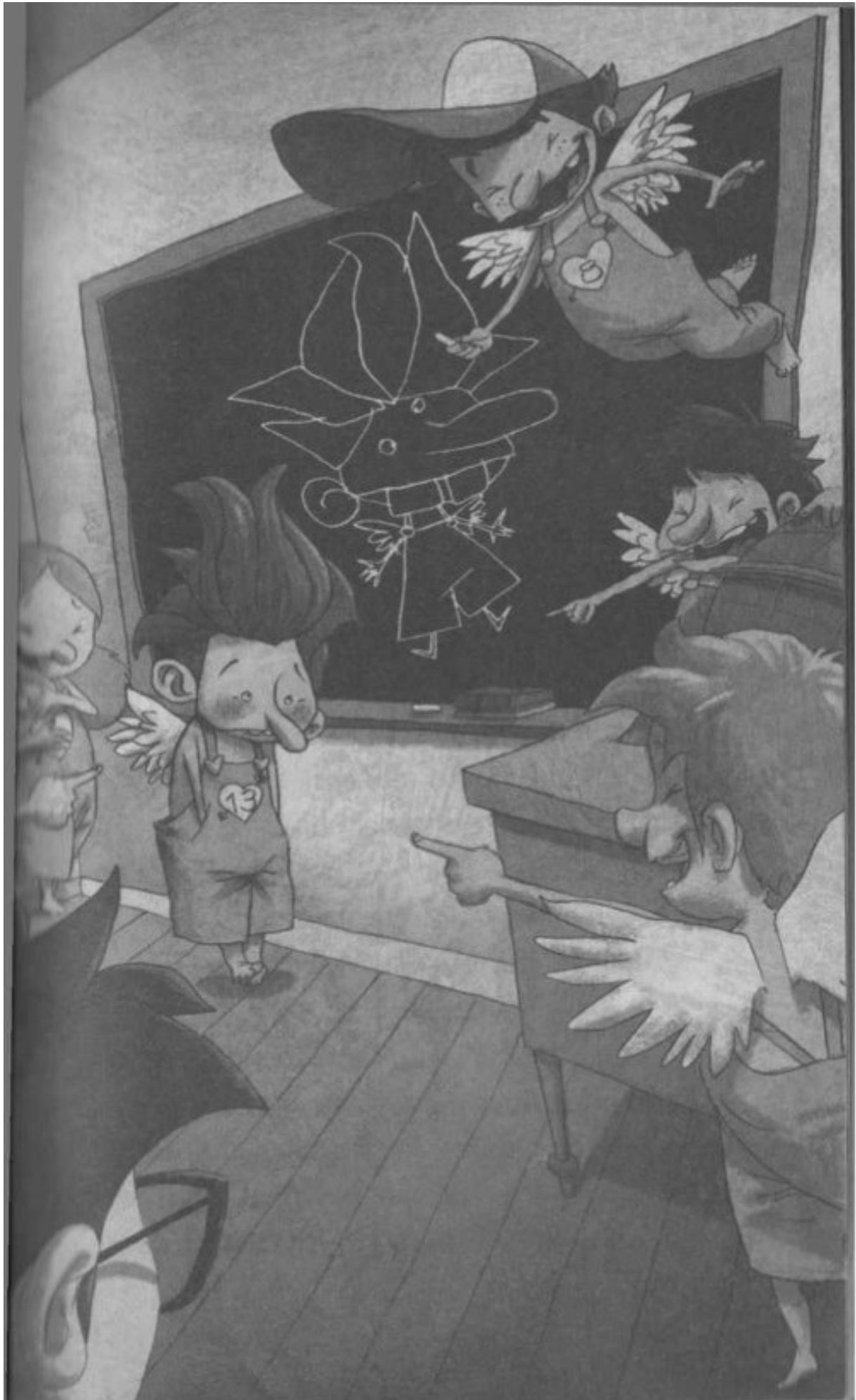
Eso fue sólo un anticipo.

En los meses que siguieron casi no hubo un día en que Kikuchi no le hiciera alguna broma a Hitoshi.

Le escondía los útiles, lo hacía tropezar o le pintaba con marcador alguna desagradable leyenda en las alas. Pero lo peor era cuando lo dibujaba con una enorme nariz en la pizarra del aula. Los demás compañeros señalaban el dibujo, señalaban a Hitoshi, y se reían. El curso habría sido bastante entretenido si no hubiera sido por la desagradable presencia de Kikuchi.

Las materias de estudio tenían nombres tan difíciles que Hitoshi casi no había llegado a memorizarlos en todo el año: «Psico-no-sé-qué del diagnóstico aéreo de los solitarios»; «Detección de corazones tristes I y II»; «Teoría y práctica de qué sé yo

cuánto». Pese a esos nombres, le habían resultado interesantes.



Hitoshi estaba desanimado al principio pero luego, para no tener que pensar en el odioso Kikuchi, se abocó de lleno al estudio y le fue muy bien.

Precisamente, el animador de la fiesta acababa de anunciar que se entregaría a continuación el diploma para el mejor alumno del año, al que solían destinar al mejor lugar de trabajo. Y precisamente... ¿lo estaban nombrando a él? ¿A Hitoshi? ¡Sí! Como había temido, lo estaban llamando a él.

Se puso de pie, con la sensación de estar a punto de desmayarse, y avanzó caminando. ¡Olvidó que podía volar! Siguió hacia el escenario con paso vacilante, emocionado por el gran momento que vivía y a la vez temblando de miedo. En ese momento, desde la fila de cupidos empezó a escucharse un murmullo:

—¡Na-riz! ¡Na-riz! —gritó Kikuchi, alentando a los demás a que lo imitaran.

Cuando Hitoshi llegó al frente, toda la escuela gritaba «¡Na-riz, Na-riz!».

Hitoshi recibió el diploma rojo de vergüenza y tartamudeó unas palabras de agradecimiento que hicieron reír a todos. Estaba tan nervioso que al secretario del director, que se llamaba Fishuma Nikesta, sin querer lo llamó «Nisuma Nirresta».

Al director, que se llamaba Tashido Kemoto, lo llamó «Ladrado Demoto».

Lo de ladrado de moto fue el colmo. Hasta el director de la nube, siempre tan serio, se puso a reír, a batir palmas y a gritar «¡Na-riz, Na-riz!».

Una vez más Kikuchi se había salido con la suya.



CONFUSO CONTRA LOS MARCIANOS



Después de andar toda la tarde del domingo corriendo y jugando en el parque, Confuso y el caniche buscaron un lugar para echarse a dormir. El mejor que encontraron fue un hueco entre dos puestos de libros. El parque era muy grande y en un sector funcionaba una feria de libros usados.

Confuso se echó sobre el pasto y el caniche prefirió acurrucarse contra la pared de un puesto de artesanías. Su amigo se durmió de inmediato, pero Confuso no estaba acostumbrado a hacerlo al aire libre y por eso tuvo dos pensamientos: «lento de peligros» y «un año».

Cuando los dos pensamientos se juntaron, resultó el siguiente: «el parque es un lugar lleno de peligros. En un parque puede haber leones, monstruos, seres humanos y mucha oscuridad. Y yo sólo tengo un año. Soy enorme de tamaño, pero pequeño de edad. Podría decirse que soy casi un bebé. Alguien debería cuidarme mientras duermo».

Finalmente, resolvió dormir pegado a su amigo. De esa manera se sentía más protegido.

—¡Me estás molestando! —se quejó el caniche—. ¿Qué ocurre?

—¿Yo?

—¡Sí, me estás aplastando!

—Fue sin querer.

—¿No te viene el sueño?

—No.

—Bueno. Podemos leer un libro.

—Yo no sé leer. Los perros no sabemos leer.

—Yo sí —dijo el caniche—. Acá atrás dejan una bolsa con restos de libros viejos o rotos. Vamos a revisarla.

Los dos metieron sus cabezas adentro de la bolsa. Confuso no sabía con qué criterio elegir. Pensó que los libros de aventuras debían de tener olor a mar o a caminos; los de terror, olor a miedo, y los de humor, olor a cosquillas en las patas.

—Están un poco rotos, pero sirven —dijo el caniche—. Yo siempre los leo. Te puedo leer uno hasta que te duermas.

—Sí, me gustaría.

—Acá hay uno que se llama...

—Qué linda tapa.

—Se titula *Confuso contra los marcianos*.

—¡El mismo nombre que yo!

—¿Ese es tu nombre?

—Sí.

—El mío es Nerviosa.

—¿Nerviosa? ¡Es nombre de perra!

—Claro. Soy perra.

—Guau. Pensé que eras perro.

—El autor se llama... Dimitri Dimitrovich... —agregó Nerviosa.

Confuso le arrebató el libro brutalmente y lo dio vuelta, para mirar la contratapa.

—¡Bruto! —se quejó Nerviosa.

—¡Mi dueño! La cara que está en la contratapa es la de mi dueño. ¿Escribe libros? ¿Qué dice ahí?

—A ver... —dijo Nerviosa. Arrastró el libro hasta una parte más iluminada y leyó:

Esta vez, Confuso viaja a Marte para rescatar a un grupo de niños que fue raptado por un malvado marciano que quiere apoderarse de la Tierra. El increíble perro debe apelar a todas sus destrezas y poner de manifiesto una vez más su inigualable valentía para enfrentar a enemigos más poderosos.

Otra de las grandes aventuras del autor de Confuso en la Prehistoria, Confuso en el lejano Oeste, Confuso contra los mutantes, Confuso en el fondo del mar y Confuso salva a los niños, entre otros éxitos.


—¡Es mi dueño! ¡Confuso soy yo! ¡No lo puedo creer! ¡Y yo que pensé que estaba todo el tiempo sin hacer nada! ¡Escribe sobre mi vida! ¡Qué persona maravillosa! ¡Y qué maravillosa vida la mía! En la Prehistoria, en lucha contra los marcianos, salvando a los niños y...

—¿Qué?

—¿Mi vida? ¿Cuándo luché yo contra los marcianos?

—Podemos leerlo...



 a dirección de la Escuela de Ángeles Cupidos asignó a Hitoshi un parque en la ciudad de Buenos Aires llamado «Centenario». Hacia allí voló Hitoshi el lunes, ansioso por empezar a flechar corazones. Cargaba su mochila llena de herramientas e instrumentos que usan los ángeles en sus tareas.

El Parque Centenario era un gran espacio circular, con un lago artificial en el centro. La mayoría de la gente hacía gimnasia en los cancheros o corría por la vereda exterior. Algunos viejitos permanecían sentados a la sombra, alrededor del lago, dándoles granos de maíz a las palomas, y en las hamacas y toboganes había chicos con sus mamás. Los árboles eran muy altos y había algunos vendedores de helados, sándwiches y refrescos. Era un hermoso día, el mejor para empezar un trabajo como el que tenía que hacer Hitoshi.

Dispuesto a comenzar su tarea sacó el arco y una flecha de su mochila, pero de pronto lo invadió una gran inseguridad. ¿Cómo hacer blanco en la gente que va corriendo? ¿Y si hacía las cosas mal? ¿Y si gastaba todas las flechas sin dar en el blanco ni una sola vez? ¿Cómo era que se elegía a las personas? ¡Increíble! Hasta el día anterior tenía todo claro y ahora no recordaba nada. Se había recibido con las mejores calificaciones pero en el momento de llevar sus conocimientos a la práctica parecía que jamás hubiera pasado por la Escuela de Cupidos.

Para tranquilizarse un poco decidió sentarse sobre la rama de un árbol y esperar. Tampoco había necesidad de empezar a tirar flechas aquí y allá, desesperadamente.

Poco después Hitoshi reparó en un hombre que parecía apesadumbrado. Estaba sentado en un banco y sostenía su cara con las manos, mientras miraba el piso fijamente, como si no pudiera apartar de su mente un pensamiento triste.

El profesor de la materia «Detección de solitarios» —lo recordaba bien— le había recomendado cientos de veces que lo primero era saber si una persona deseaba que alguien lo quisiera.

Para averiguar eso llevaba en la mochila el «detector de solitarios», una especie de mira telescópica con la que había que apuntar al corazón de la persona para

obtener una medición.

Hitoshi hizo la medición y con sorpresa vio que el relojito del detector indicaba ¡trece! Volvió a medir porque recordaba que los profesores decían que una medida normal para un solitario era de cinco o seis, así que trece era demasiado. Este hombre necesitaba enamorarse ya mismo.

Hitoshi guardó el detector en la mochila y se dispuso a flecharlo. Extendió el arco, colocó una flecha, apuntó y soltó la cuerda...

La flecha voló en línea recta pero ¡pasó rozando la espalda del señor! Fue a parar al puesto de comida que estaba unos metros más allá, donde se clavó en una milanesa.

Hitoshi tomó otra flecha y trató de apuntar mejor. Esta vez, por suerte, la flecha voló directamente hacia el pecho del hombre y se clavó en su corazón.

Según le habían explicado en la escuela, quien recibe el flechazo no ve nada —al igual que los ángeles, las flechas son invisibles—, pero siente una repentina alegría. El corazón, henchido de felicidad, comienza a latir más fuerte y la persona siente ganas de bailar, cantar, reír y, sobre todo, estar al lado de quien ama.

El hombre se paró de golpe con una espléndida sonrisa dibujada en su cara y los ojos llenos de entusiasmo.

«Qué lindo es este trabajo, se dijo Hitoshi, Parece mentira: ese hombre estaba tan triste y ahora es feliz. Sólo me falta encontrar la mujer indicada para él».

Pero se equivocaba.

Con pasos rítmicos, como si bailara un vals, el hombre se dirigió al puesto de milanesas y le señaló una al vendedor. La pagó y, para espanto de Hitoshi, que siguió la escena aleteando sobre su hombro, la llevó a pasear por el parque.


Mientras sostenía la milanesa entre sus manos y la miraba con ojos de enamorado, improvisó una poesía para ella:

*No las flores, tampoco la lluvia, menos los pájaros
Nada en la Naturaleza
Es más hermosa que tú,
Oh, Milanesa
Milanesa.*

«¡Dios mío! ¿Qué hice? ¿Cómo arreglo esto?», se preguntó Hitoshi, espantado.





 ecién cuando el sol estaba en lo más alto, Confuso y Nerviosa se despertaron. Es que habían pasado parte de la noche leyendo *Confuso contra los marcianos* y después discutieron acerca del libro más de dos horas.

A Nerviosa el libro le había parecido «demasiado fantasioso» y «un poco tonto».

A Confuso le pareció «una increíble maravilla» y «el mejor libro que se haya escrito jamás».

Habían discutido hasta el amanecer, cada vez más fuerte, y llegó un momento en el que hasta se miraban con odio.

—¿El mejor libro que se haya escrito? —se burló Nerviosa, nerviosa—. ¡El único querrás decir!

—¡Lo que ocurre es que una perra no lo entiende! ¡Si fueras perro sabrías apreciar una buena aventura! En este libro hay acción, sufrimiento, peleas, mordiscos, chistes... ¡No amor ni esas tonterías que deben ser de tu gusto!

—¿Qué sabes cuáles son mis gustos?

Así discutieron hasta la madrugada, cuando los venció el sueño y cada uno se acomodó bajo un árbol, lo más lejos posible del otro.

Sin embargo, cuando Confuso despertó, lo primero que hizo fue ir a buscar a su amiga.

—¡Eh, tengo hambre! —le dijo.

Como toda su vida había recibido comida de su amo, por alguna razón le parecía que Nerviosa tenía que resolverle ese problema.

—Yo también —dijo Nerviosa, como entre sueños.

Nerviosa tenía más experiencia en encontrar alimentos: hacía una semana que vivía en la calle. Conocía dónde había restaurantes y carnicerías, qué vecinos sacaban bolsas de residuos fuera de horario, en qué sectores del parque había gente que comía y dejaba trocitos aprovechables, y todo eso.

Sin embargo, después de una larga recorrida no fue demasiado lo que encontraron. Por suerte, cuando estaban de regreso en la plaza, hallaron una milanesa

sobre un banco. Con enorme alegría la transportaron hasta un monumento y allí la repartieron, tironeando cada uno de un extremo.

—¡Es lo más rico que comí en mi vida! —dijo Confuso mientras masticaba su parte—. Me gusta la vida en libertad. Aunque extraño un poco a mi dueño. ¡Qué buen libro escribió sobre mi vida! Es un hombre muy talentoso.

—¡Uf! Ni era buen libro, ni era tu vida.

En ese momento, llegó al lugar un hombre con un gran ramo de flores:

—¡Dios mío! ¡Mi novia! ¡Desapareció mi novia! —se puso a gritar.

—¡Mi dueño! —exclamó Confuso corriendo al encuentro del hombre—. ¡No sabía que tenía novia!

—Esto es terrible —dijo el hombre dejándose caer en el banco, como si estuviera por desmayarse.

Sin reparar en la presencia de Confuso, el hombre agregó:

—Dejé unos minutos a mi novia en este banco para comprarle flores. ¿Dónde está? ¿Se fue? ¿Ya no me quiere? ¿La habrán raptado?

—¡Dimitri! —le ladró Confuso a milímetros de su cara.

—¡Confuso! ¡Qué sorpresa! ¡Te estuve buscando!

—Aquí estoy —le respondió Confuso, con ladridos de alegría.

—¡Aquí estás! ¡Qué suerte! ¡Recobré a mi perrito!

—Sí.

—Pero ¡acabo de perder a mi novia! Desde hace un rato tengo novia. Me estaba esperando aquí, y...


—¿Cómo era?

—¡Estaba acá, sentada en el banco!

—No había nadie sentado en el banco. Sólo estaba la milanesa que nos comimos —ladró Nerviosa.

—¿Se la comieron? ¡Dios mío! ¡Se comieron a mi novia! ¡Asesinos! —gritó furioso el dueño de Confuso y comenzó a perseguir a los perros por todo el parque.



 Después de su primer fracaso como cupido, Hitoshi no se animaba a intentar otros disparos con su arco. Los días que siguieron los pasó sentado sobre un árbol. A veces apuntaba interminablemente a alguien y cuando llegaba el momento de disparar, no se animaba. Temía cometer otro error. Sin embargo, sabía que transcurrida una semana tendría que volar hasta la nube-escuela e informar sobre la marcha de su trabajo. «Al menos, pensó, debiera formar una pareja que funcione bien».

Así, el día anterior a que se cumpliera la semana, voló decenas de veces sobre el parque hasta detectar un posible candidato a ser flechado: un señor rubio vestido de payaso, que hacía un número cómico en el centro del parque. Hitoshi se preparó, tomó todas las precauciones y disparó la flecha. Un tiro perfecto.

Ahora restaba encontrar una mujer adecuada para ese hombre. Hitoshi voló a toda velocidad, dio trece vueltas esquivando árboles, y al fin encontró a la candidata ideal: ¡una payasa! Era igual al payaso, pero tenía una larga cabellera rubia.

La flecha entró perfecta... pero al instante Hitoshi advirtió que la payasa era... ¡el mismo payaso que ahora se había puesto una peluca para divertir a los chicos que lo miraban!

El payaso se enamoró de sí mismo y a partir de ese instante se lo pasó mirándose en un espejo, adorando sus propias fotos o tirándole besitos a su propia imagen reflejada en el lago del parque.

De modo que cuando Hitoshi se presentó en la nube oscura para informar sobre su trabajo, el director lo trató con cierta severidad:

—Entiendo que un cupido nuevo tenga miedo de equivocarse, pero en algún momento hay que comenzar, muchacho —le dijo—. Nosotros tenemos un plan que cumplir: cinco mil nuevos enamorados por mes en todo el país.

—¿Cinco mil?

—Claro. En Buenos Aires, donde fuiste asignado, debemos lograr mil en total. Para el Parque Centenario, donde estás trabajando, el plan nos indica... ¡trece por

mes! —dijo el director, señalando un confuso cuadrado lleno de números, que Hitoshi miró como si estuviera escrito en chino.

—¿Trece?

—Trece. Y en tu caso, Hitoshi, hasta ahora no has conseguido ninguno.

—Es cierto.

—Además, nos llegan informes muy negativos desde el Parque Centenario. Nadie se enamora. Los poetas dejaron de escribir poesías de amor. A las chicas lindas nadie las mira. A las feas, menos. Los jubilados, viudos y solterones sólo hablan de enfermedades y remedios. No hay chicos que manden cartas con corazones dibujados. Tampoco...

En ese momento entró el secretario del director y le dijo algo al oído. Los dos miraron con desconfianza a Hitoshi, y enseguida el director saltó de su asiento y dijo:

—¡Rápido! ¡A la Sala de Visualización!

En la Sala de Visualización había miles de pantallas. El secretario señaló una en la que decía «Parque Centenario».

La imagen abarcaba todo el parque pero el secretario, utilizando un control remoto, poco a poco fue acercando la cámara hasta enfocar el rostro de un hombre que estaba llorando, sentado en la escalinata de un monumento. Hitoshi reconoció al hombre enamorado de la milanese.

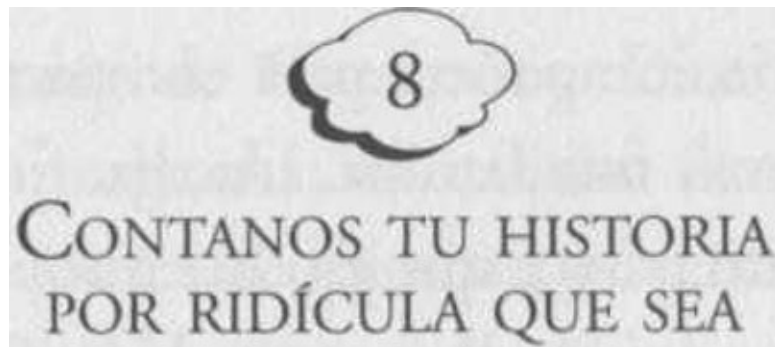
—Llora todo el tiempo —explicó el secretario—. ¡Parece que su novia murió!


—¡Pobre hombre! —dijo el director—. Qué pérdida, qué dolor irreparable. A veces la vida es tan dura y...

—Ése no es el problema, señor —lo interrumpió el secretario—. El caso es que este hombre... ¡estaba enamorado de una milanese!

—¿Cómo? —preguntó el director, abriendo enormes sus ojos, y dirigiendo enseguida su mirada a Hitoshi—. ¿Enamorado de una milanese?

—Déjeme que le explique, señor director —tartamudeó Hitoshi...



 El caso del perro que se había comido a la novia de su dueño interesó a los productores del ciclo «Contanos tu historia por ridícula que sea», el programa más visto en el horario de la tarde.

La conductora explicó el caso a los televidentes y presentó a los protagonistas del caso a tratar:

—Dimitri Dimitrovich, treinta y ocho años, soltero, escritor —anunció.

Se abrió una puerta corrediza, se encendieron y apagaron cientos de luces y bajó por una escalera el dueño de Confuso. Con mucha timidez, Dimitri se sentó en una silla y bajó la vista, avergonzado.

La mujer siguió la presentación, suavizando la voz:

—Dimitri es un buen hombre y un excelente vecino. Quería y protegía a su mascota y deseaba encontrar una compañera para compartir sus horas y tal vez formar una familia. Un día, finalmente, se enamoró. Pero parece que eso fue insoportable para el otro protagonista de nuestra historia de hoy, a quien ya mismo voy a presentar...

La conductora hizo una seña, se abrió la puerta, se encendieron y apagaron las luces y por la escalera descendió Confuso. La animadora, dijo:

—Confuso, un año, gran danés. Un perro que respondía al cariño y a los cuidados de su dueño protestando siempre por la comida, rompiendo las macetas con flores, escapándose de la casa, ladrando inoportunamente a cualquier hora, llevándose todo por delante cuando el dueño lo iba a buscar al patio para sacarlo a pasear. ¡Confuso demostró su verdadero instinto egoísta al devorar sin piedad a la novia de Dimitri!

—¡Oh! —exclamó el público y enseguida silbó y gritó reprobando la actitud de Confuso:

—¡Desagradecido!

—¡Sin corazón!

—¡Desalmado!

—¡Perro!

Además de Confuso y Dimitri, estaban invitados al programa, en calidad de testigos, los vecinos peleadores de Dimitri, y Nerviosa.

—¿Perdonaría usted a Confuso? —le preguntó la conductora a Dimitri.

—¡Jamás! Me abandonó, yéndose de casa sin siquiera decir adiós. No contento con haberme hecho ese mal, después, a sangre fría, devoró a mi querida novia.

—¿Reconoce usted haberse comido a la novia del señor? —le preguntó la mujer a Confuso.


—Bueno, es que yo... En primer lugar... Y en segundo lugar...

—¿Lo reconoce o no lo reconoce?

—Sí, pero... en tercer lugar...

—¡El asesino admite su crimen! —dijo la conductora con una sonrisa triunfal—. Vamos a las publicidades, enseguida volvemos. Señora, señor, familia que está del otro lado de la pantalla, no cambie de canal: hoy puede aprender una lección de vida.



 Después de las duras reprimendas del director, Hitoshi regresó al Parque Centenario decidido a poner el mayor empeño en mejorar su trabajo. No tenía que dudar, ni tener miedo. Debía tener confianza en su capacidad. No podía medir el tiro durante horas sin animarse a disparar el flechazo. La gente del barrio andaba mal por su culpa. ¡Trece enamoramientos por mes era el plan y hasta el momento él no había conseguido ninguno!

Hizo un vuelo rasante sobre las personas que caminaban por el parque, midiendo con el detector de solitarios. Hasta que al fin identificó a un señor pelado.

El señor pelado tomaba sol, de pie, apoyado en su bicicleta, frente a un puesto de artesanías. Tenía un aro en la oreja y un tatuaje en el brazo. Su aspecto era el de un músico o artista plástico al que le gustan los deportes, la lectura y las artesanías. Hilando más fino, no debía de ser un gran músico ni deportista, ni lector, ni nada, pero sí una buena persona, interesada en muchas cosas a la vez.

Hitoshi se arrodilló sobre el techo del puesto de artesanías, a pocos metros del hombre, y extendió la cuerda de su arco. La flecha dio en el corazón del señor pelado.

La siguiente flecha iba directo al corazón de una mujer pelirroja que se encontraba allí para preguntar por una perrita que aparentemente había perdido.

El detector de solitarios marcaba siete para el pelado y seis para la pelirroja. ¡Eran la pareja casi ideal! Entre los dos sumaban trece puntos de soledad.

Pero justo en el momento en que Hitoshi lanzó la segunda flecha, la mujer estornudó haciendo un brusco movimiento hacia el costado. La flecha fue a parar al piso. ¡El hombre se enamoró de la sombra de la mujer!

Los desaciertos siguieron.

Nervioso, Hitoshi no dejaba de probar puntería.

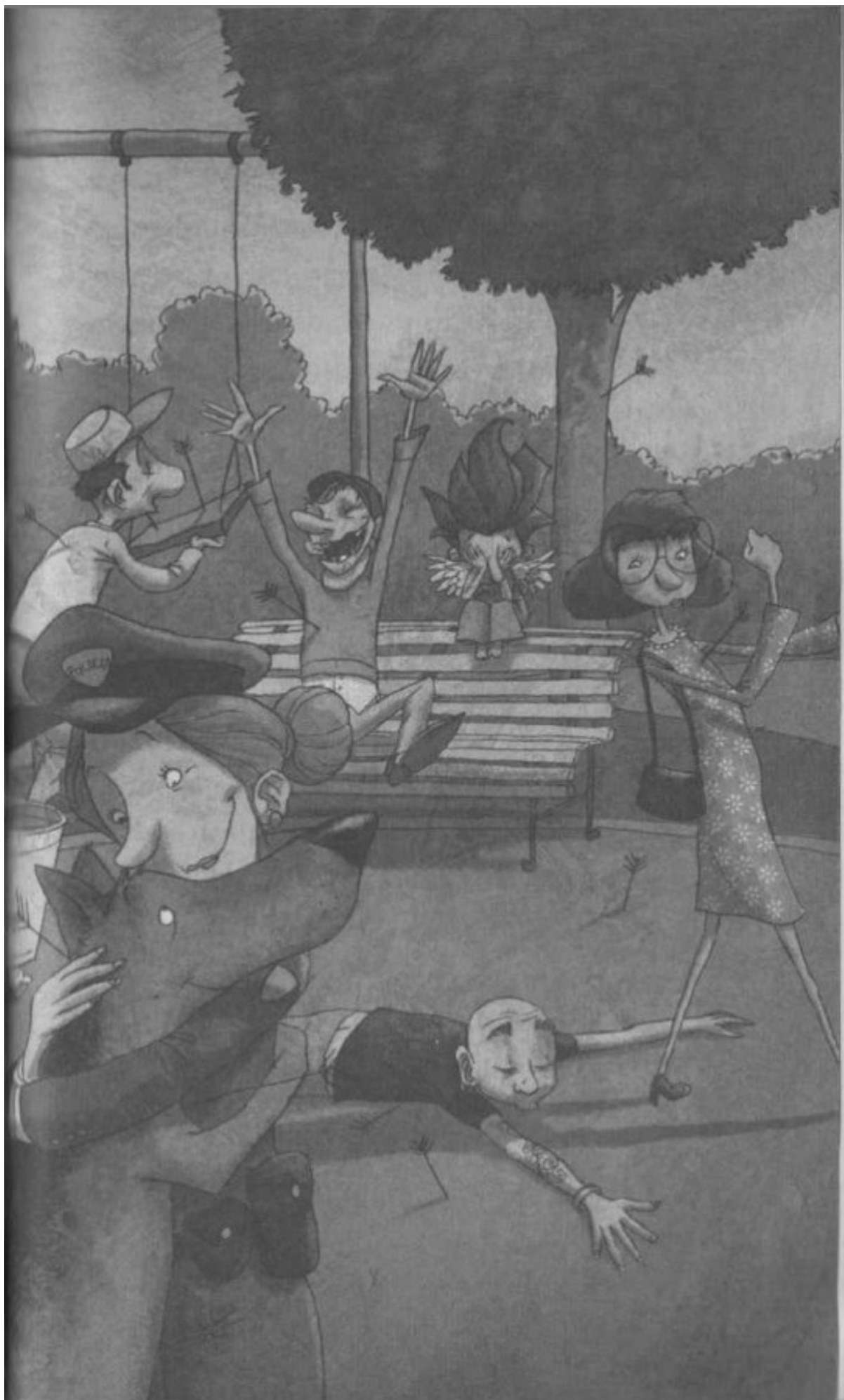
Una chica se hizo novia de un teléfono público.

Un cuidador del parque le propuso casamiento a una hamaca.

Una mujer policía se enamoró de un perro de policía.

La mujer pelirroja, de cuya sombra se había enamorado el señor pelado, se

enamorado a su vez de un semáforo.



Por momentos Hitoshi se distraía y olvidaba arrojar la segunda flecha, con lo cual una persona se enamoraba... de nadie. La persona se sentía feliz, reía y bailaba, hasta que de pronto se preguntaba: «¿Pero... de quién estoy enamorada? ¡De nadie! ¡Sin embargo estoy enamorada! ¿Pero de quién? ¡Dios, me estoy volviendo loca!».

Para empeorar las cosas, cuando Hitoshi se calmó y dejó de tirar flechas, apareció Kikuchi. Hitoshi estaba sentado sobre la rama del árbol más alto, pensando en cómo podía mejorar su puntería, cuando vio que el odioso Kikuchi estaba sentado al lado de él, haciéndole muecas.

Al ver la clase de enamorados que había en el parque, Kikuchi no dejó de reír y de burlarse de Hitoshi.

—¡Cuando se enteren arriba, te van a expulsar del cielo, Nariz! —le dijo, matándose de risa—. ¿Y? ¿No eras el mejor alumno?

Ese mismo día Kikuchi voló hasta la nube oscura de los cupidos para denunciar la deficiente tarea de Hitoshi. Pero no era el primero: el cupido encargado del amor entre perros, el cupido responsable del amor entre objetos, el ángel de la guarda de los semáforos, el ángel de la guarda de los perros de policía, el ángel de la guarda de las sombras... todos habían ido a quejarse de Hitoshi:

—¿Por qué Hitoshi se mete donde no le corresponde? —decían a gritos, golpeando el escritorio del director.



Irina Bronski había tenido un día difícil:

1. Se cumplía una semana desde que había perdido a su perrita.
2. Todavía no había escrito la nota para el diario que tendría que haber mandado el día anterior.
3. Un señor pelado la había seguido desde el parque hasta su casa, diciéndole que estaba enamorado de su sombra y ella no podía sacarse de la cabeza las luces brillantes del semáforo de la esquina.

El director de la sección «Libros» del diario la había llamado por teléfono tres veces exigiéndole que le enviara la nota y en los tres casos ella le había contestado «¡Ya se la envío, señor!».

Pero la verdad era que no la tenía escrita. La nota consistía en una crítica sobre un libro recientemente publicado. En los últimos días Irina se lo había pasado buscando a su perrita y no había tenido tiempo de leer nada ni de hacer la crítica. Menos aun *Confuso contra los marcianos*, por culpa del cual precisamente había perdido a su perrita. La había dejado en la vereda para entrar a la librería a comprar ese libro y al salir, cinco minutos después, no había ni rastro de Nerviosa. «Maldito libro», había gritado Irina en ese momento.

Después había recorrido el barrio, cuadra por cuadra, preguntándoles a los diarieros, floristas, policías, a los que atendían los puestos de artesanías del parque y cuanta persona se había cruzado, sin obtener ningún dato.

De todas formas no tenía más remedio que cumplir con su trabajo, así que desconectó el teléfono, apagó la radio y trató de concentrarse en la lectura. Su perra sabía leer y muchas veces esa parte del trabajo la hacían juntas. De hecho, la opinión de Nerviosa era muy tenida en cuenta por Irina al escribir sus críticas.

Pese a su mal estado de ánimo a las dos horas había terminado con la lectura y ya

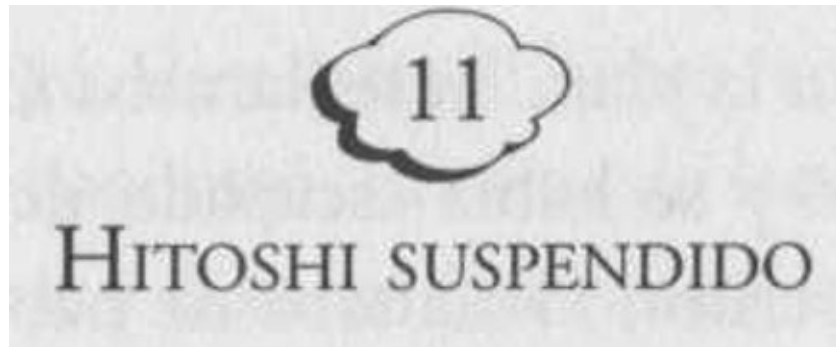
tenía una opinión clara sobre el libro. Escribió la crítica en quince minutos, la envió por correo electrónico y, más aliviada, se apoyó en la ventana mientras tomaba un té. Ya era de noche.


—¡Maldición! —dijo de pronto, al ver que su sombra, proyectada desde la sala de su casa hacia la vereda, estaba conversando con el señor pelado, allá abajo.

Se retiró hacia el interior pero en ese preciso instante escuchó unos ladridos que le eran familiares.

—¡Nerviosa! —exclamó, y bajó corriendo las escaleras.





 El director de la Escuela de Ángeles resolvió suspender a Hitoshi dos días en sus funciones de cupido y enviar a un viejo ángel para que observara su caso, lo aconsejara y entrenara.

Durante esos dos días Hitoshi no iba a permanecer inactivo sino que tendría que desempeñarse como ángel de la guarda de un perro.

Bastante deprimido por su mal comienzo como cupido, Hitoshi buscó por el barrio al perro que le habían asignado. Nada más verlo, se dio cuenta de que ese perro, más que un ángel de la guarda, necesitaba un ejército de ángeles.

Al parecer andaba perdido, buscando algo, seguramente su casa. Se notaba que no conocía bien la ciudad, que le tenía miedo a casi todo, era muy torpe para cruzar las calles y, por la manera insistente de oler aquí y allá, debía de tener un hambre atroz.

Hitoshi contaba con una planilla con información sobre el perro.

Según la planilla, se llamaba Confuso ¡qué nombre raro! y se había escapado de su casa. Su dueño, un escritor, lo acusaba de haberse comido a su novia. Su mejor amiga, una perrita, había vuelto a vivir con su dueña. Por si eso no bastara, el perro había salido en televisión, así que todo el mundo lo conocía como «el perro malo de la televisión». Algunas personas que lo encontraban en la calle lo insultaban y le tiraban piedras.

El primer contacto de Hitoshi con el perro fue en las vías de un tren.

Hitoshi lo vio vagando entristecido por las vías, mirando hacia un lado y a otro, y adivinó que el perro no sabía cómo regresar a su casa. Al rato, cansado de andar, el perro se echó a descansar... ¡sobre los rieles! ¡Qué perro tonto y distraído!

«¿Cómo hago para que salga de allí?», se preguntó Hitoshi, alarmado, al ver que se acercaba el tren de la hora 13. No había tiempo para consultar a las autoridades de la nube y él no sabía cómo ayudarlo. ¿Qué clase de ángel de la guarda no sabe cómo ayudar a su protegido? «Soy un fracaso», pensó Hitoshi. Pero enseguida recordó algo: ¡La cámara lectora de sueños!

Hurgó desesperadamente en la mochila hasta que la encontró. Era una de las

herramientas más modernas y él se había sacado excelentes notas durante las prácticas. Bastante nervioso, la enfocó hacia la cabeza del perro y accionó los controles.

En la pantalla de la lectora de sueños, pudo ver al perro peleando contra unos seres verdes con antenas que descendían de una nave espacial. ¿Qué era eso? ¿Qué estaba soñando? ¡Marcianos! ¡Soñaba con marcianos! Los marcianos tenían el tamaño de una pata del perro pero eran muchos (ciento trece) y por ahora parecían ganar la batalla. Eso era lo que estaba soñando.

Por lo aprendido en la Escuela de Angeles, Hitoshi sabía que si alguien está soñando, sólo se despierta en lo mejor o en lo peor del sueño. Claro que él no podía adivinar qué podía ser lo peor para el perro. En cambio sí podía imaginarse lo mejor: que ganara la pelea contra los marcianos.

El tren se acercaba: estaba a doscientos metros.

No había tiempo para que el perro ganara la pelea contra los marcianos, se despertara, viera el tren y saliera corriendo. Hitoshi tenía que meterse en su sueño y ayudarlo para que las cosas fueran más rápidas, de modo que extrajo de la mochila la linterna de sueños, enfocó la cabeza del perro y se metió en su sueño.

La batalla se desarrollaba en la Luna. «Este perro no sabe que los marcianos viven en Marte, no en la Luna», pensó Hitoshi.

Mientras lo atacaban, los marcianos le gritaban al perro «desalmado», «egoísta», «perro sin corazón», «perro». Los hombrecitos verdes obedecían a una jefa, más grande que ellos, que se llamaba Reina Milanesa.

«Qué sueño raro», pensó Hitoshi, mientras —ya metido en el sueño— descendía sobre la superficie lunar.

Un grupo de cien marcianos pasó a la carrera y lo pisoteó. Hitoshi se levantó aturdido, se sacudió el polvo lunar, y se acomodó las alas. No iba a ser fácil vencer a tantos marcianos.

—¡Vengo a ayudarte! —le gritó Hitoshi al perro, volando sobre su cabeza.

—¡No necesito que una paloma gigante me ayude! —dijo el perro.

—¡Soy un ángel, no una paloma! —se ofendió Hitoshi—. Y por lo que veo, jamás podrás vencerlos porque son demasiados. Lo que podrías hacer es tomar entre tus dientes la nave espacial, donde está la Reina Milanesa. Al ver a su reina prisionera seguro que se rendirán.

—¡Buena idea!

El perro corrió a toda velocidad pasando por encima del ejército de marcianitos y de un mordiscón se apoderó de la nave. Desde una de las ventanas, la Reina Milanesa asomó su cabeza y comenzó a gritar pidiendo socorro.

Los marcianos se quedaron paralizados.

—¡Desalmado, es un desalmado, no tiene corazón! —gritaban—. ¡Se comerá a

nuestra reina!

—Rápido: ¡es el momento de negociar! Hay que decirles que si ellos rinden sus armas y se marchan de la Luna, les será devuelta sana y salva la Reina Milanesa —le dijo Hitoshi.

—¿Sana y salva? ¿Ni un bocado puedo probar? —quiso saber Confuso.

—No. ¡Vamos, no hay tiempo que perder!

—¡Señores y señoras marcianos! —dijo el perro, alzando la voz, aunque mucho no se le entendía porque la nave entre los dientes le deformaba las palabras—. Si se rinden y se marchan, les entregaré a la Reina Milanesa sin un rasguño.

Los marcianos aceptaron y el perro les entregó a la babeada nave con la reina. Hitoshi pensó que al retirarse los marcianos, el perro se iba a despertar. Se equivocaba.

—¿Y ahora qué? —preguntó desesperado Hitoshi, pensando que el tren ya estaría por aplastar al perro.

—¿Y Dimitri? ¿No me va a perdonar, ahora que no me comí la milanese? —dijo amargamente el perro.

—¿Dimitri? ¿Quién es Dimitri? ¡En este sueño no hay ningún Dimitri! ¡Vamos! ¡A despertar! ¡El tren te va a aplastar! —gritó Hitoshi desesperado.

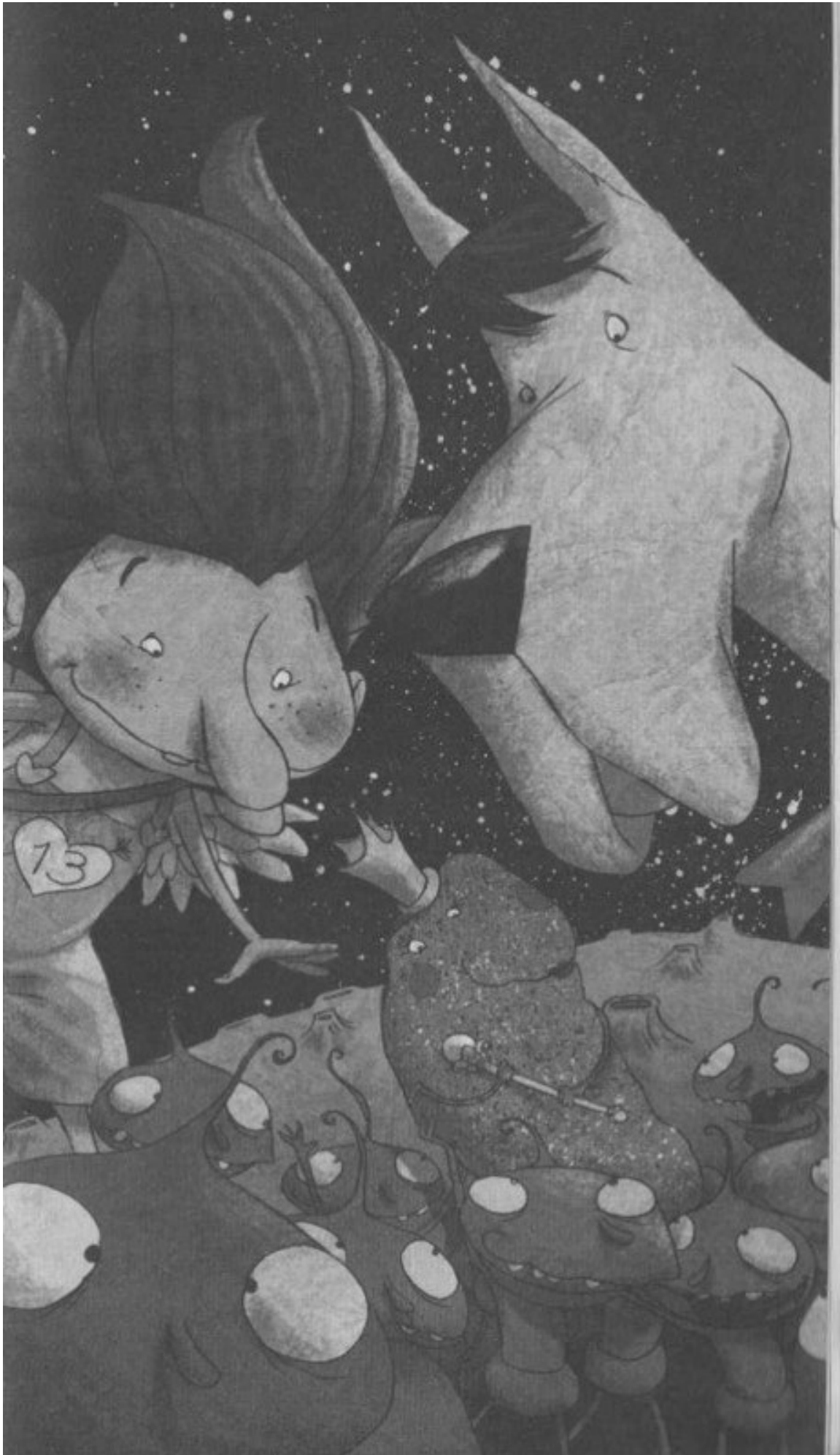
—Hola —dijo de pronto un hombre que apareció en el sueño.

—Hola Dimitri —le respondió el perro—. ¿Me vas a perdonar?


—Lo estuve pensando, Confuso, y decidí que... bueno, sí... ¡te perdono!

En ese instante el perro se despertó y el ángel salió disparado hacia el exterior como si fuera la bala de un cañón. El tren se encontraba a trece metros y el maquinista hizo sonar su estruendosa bocina.

—¿Dónde estoy? —dijo el perro, despertándose. Abrió enorme su boca pero su bostezo se interrumpió al ver lo que se le venía encima—: ¡El tren! —alcanzó a gritar, mientras intentaba saltar a un costado.





 Dimitri Dimitrovich experimentó una rara sensación. Estaba leyendo el diario y de pronto «sintió» que perdonaba a su perro. Qué extraño. ¡Si no estaba pensando en eso! ¿Dónde andaría, su querido Confuso? En todos esos días lo había recordado con enojo, pero en este momento ¡lo extrañaba!

Es que ahora no tenía ni a Milanesa ni a Confuso.

Recordó el juego favorito de Confuso: traer un palo y dejarlo a sus pies, para que Dimitri lo arrojara lejos. Así, treinta, cien, mil veces. Y cuando Dimitri dejaba de arrojarlo, Confuso tironeaba de sus pantalones hasta romperlos. Todos los pantalones de Dimitri tenían flecos en las botamangas.

Otro placer de Confuso era dormir en la cama de Dimitri. Como lo tenía prohibido, muchas veces entraba por la ventana. Confuso era bueno saltando. Ladraba maravillosamente. Adoraba dormir en la cama de Dimitri los días de lluvia. Con las patas embarradas se tiraba sobre la cama y se revolcaba con gracia, ensuciando la fina colcha de color crudo y las sábanas blancas.

Otras travesuras de Confuso, que ahora Dimitri recordaba con ternura, fueron aquella vez en que destrozó una cortina, cuando masticó un bonito reloj, cuando hizo pis sobre un diccionario y cuando volteó el televisor porque estaban pasando una propaganda de comidas para gatos.

¡Qué gran perro era Confuso y qué cariñoso! ¡Dimitri hubiera dado cualquier cosa por tenerlo nuevamente en la casa!

Finalmente, apartó su mente del recuerdo del perro y volvió a mirar el artículo en el diario. ¡Qué desgracia! Era una pésima crítica sobre su nuevo libro. Ya la había leído doce veces, pero la rabia que le provocaba hizo que la leyera una vez más:

**Confuso contra los marcianos,
de Dimitri Dimitrovich,
Camiseta Editorial,
104 páginas.**

Otro más, ¿cuántos van? de los superficiales pasatiempos que el exitoso escritor Dimitri Dimitrovich dedica a los pequeños lectores. El eterno protagonista de sus libros, el perro Confuso, en este caso enfrenta a una invasión de marcianos que trata de apoderarse de la Tierra.

El libro es, justamente, confuso. A modo de ejemplo: primero parece que las acciones transcurren en el año 2130, pero poco después estamos en el 2430, sin que nada explique ese cambio. Es evidente que se trata de una distracción del autor.

Un personaje secundario, muerto en el capítulo tres, reaparece en el capítulo diez. El perro, que en el capítulo cuatro no sabía cómo utilizar ni una tostadora de pan, en el octavo se vale de un microondas y una bañera para fabricar un vehículo espacial.

Como escritor Dimitrovich carece de ingenio, gracia, inteligencia e imaginación, pero eso no sería tan grave si al menos pudiera llevar adelante un argumento medianamente coherente.

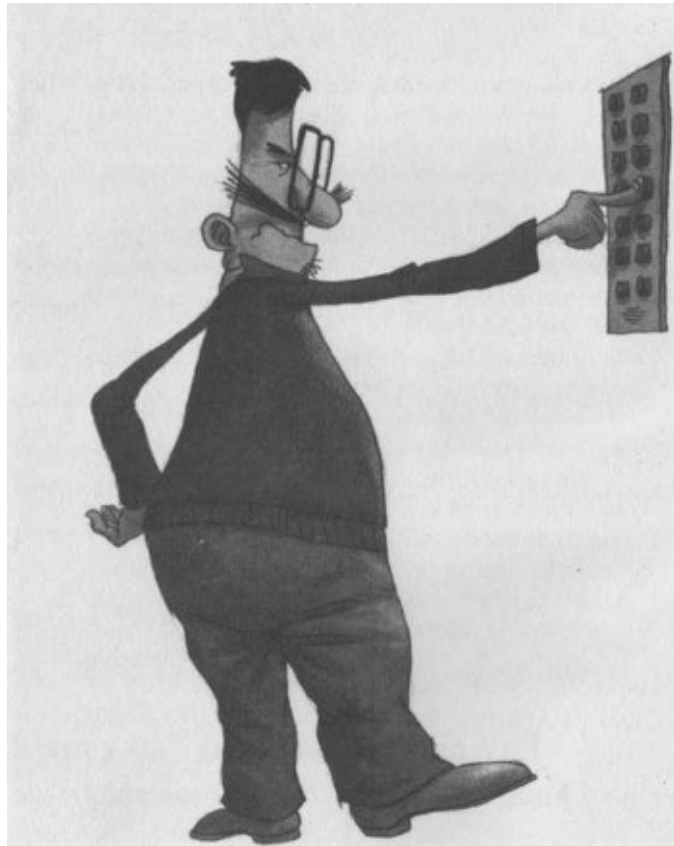
Asombra que utilice tres páginas para describir una naranja (¿cree que los lectores nunca vieron una?), y poco después despacha toda una batalla entre marcianos y terráqueos en media página.

De todas formas, lo peor es cuando Dimitrovich se empeña en ser divertido. En esos casos provoca una rara mezcla de bostezo, pesadumbre y tristeza.


En fin, recomiendo a los padres que tiren a la basura el libro de Dimitrovich. ¡Es preferible que sus hijos miren televisión o se peleen entre ellos!

Irina Bronski

—¡Esta mujer ha arruinado mi carrera! —dijo Dimitri Dimitrovich, y en un ataque de furia hizo pedazos el diario—. ¿Quién es? ¿Por qué me odia? ¡Tengo que encontrarla! —gritó, al tiempo que tomaba la guía telefónica para buscar la dirección de Irina Bronski. Cuando la encontró dio un grito triunfal. Increíblemente esa malvada vivía a dos cuadras de su casa.





 Al ser sorprendido por el tren que se le venía encima, el enorme perro blanco se asustó tanto que salió disparado. Como un huracán, avanzó paralelo a las vías y atravesó un largo túnel, para llegar al fin a una estación. Siguió corriendo, derribó a varias personas, bajó unas escalinatas, atravesó una calle y siguió como si nada pudiera detenerlo.

Hitoshi nunca había volado a tanta velocidad ni esquivado tantos obstáculos. No quería que el perro se le perdiera de vista, y a la vez temía que en uno de los alocados cruces el perro fuera embestido por un automovilista.

Sin embargo, quien chocó fue Hitoshi.

Hitoshi iba volando a trece metros detrás del perro y a otros trece de altura y al doblar en una esquina embistió... ¡a otro ángel! Los dos cayeron pesadamente sobre el toldo de lona de un negocio.

Medio mareados, tardaron unos minutos en recobrase.

El otro ángel estaba furioso.

—¡Torpe! ¿Dónde aprendiste a volar? ¿Así te enseñaron en la escuela? ¿Y el respeto hacia los demás?

Los dos estaban golpeados. Hitoshi tenía un golpe en la frente y el otro se quejaba de un dolor en la espalda, entre las dos alas.

—¡Qué bruto! —siguió quejándose el otro, que parecía tener muchos años, tal vez doscientos o trescientos.

—Discúlpeme, señor...

—¡Qué disculpas ni disculpas!

—Es que estaba persiguiendo al perro que tengo que cuidar y...

—¿Sos ángel de la guarda de un perro?

—Soy cupido, pero ahora estoy suspendido por...

—¿Te suspendieron? ¡Claro, debés ser un inútil que hace todo mal!

—Es que yo... —empezó a decir Hitoshi pero un nudo en la garganta le impidió continuar.

Eso pareció aplacar la furia del otro ángel.



—Está bien, querido...

Era lo peor que podía decir. Hitoshi se largó a llorar de manera incontenible.

—Bueno, bueno, no es para tanto —dijo el ángel viejo—. ¡Basta de llorar!

Hitoshi se limpió los mocos con las alas y dejó de llorar. Cuando se serenó, intentó una explicación:

—Terminé la escuela la semana pasada. Y me equivoqué al tirar las flechas y armé muchos líos.

—No es para tanto. Lo mismo me pasó a mí cuando empecé.

—¿Sí? ¿Usted es cupido?

—Sí. Y ya estaba retirado pero me llamaron de urgencia para hacer un reemplazo por unos días. Parece que un tonto hizo un gran lío en el Parque Centenario. Por lo que me contaron debe ser el ángel cupido más tonto que jamás haya...

La nueva andanada de llanto de Hitoshi hizo que el viejo ángel comprendiera que acababa de decir algo inoportuno.

—¡Soy yo el que hizo ese lío! —dijo Hitoshi.

—Bueno, no quise decir «tonto». Quise decir, no sé qué quise decir.

Al rato, cuando Hitoshi se calmó, pudo preguntar:

—¿Así que le fue mal cuando empezó?

—Sí. Casi me expulsan del cielo. Fue hace unos ciento cincuenta años. Hice que un río se enamorara de una casa. La casa se inundó y hubo muchos problemas. Pero lo hice sin querer. Una flecha cayó en el río y la otra se clavó en una casa.

—Lo mismo me pasó a mí.

—Pero después descubrí cuál era el problema. Después te cuento. ¿Tu nombre?

—Hitoshi.

—Yo me llamo Kamisato. Eguchi Kamisato. Y creo que te puedo ayudar. ¡Vamos, a volar!

Lo peor era no saber en dónde estaba. Confuso sólo conocía la casa de Dimitri Dimitrovich, la vereda de la casa, y una parte del Parque Centenario. La única vez que había salido de su barrio había sido cuando los del canal de televisión los habían llevado a él y a Nerviosa al programa «Contanos tu historia, por ridícula que sea».

Ahora estaba en un lugar desconocido, con olores absolutamente extraños. Se sentía muy triste y dos pensamientos rondaban su cabeza: «perro de la calle» y «salchichas». Al primer pensamiento había llegado después de pensar que desde ahora en adelante nunca más tendría un hogar ni un humano que lo cuidara. El segundo pensamiento apareció porque vio un cartel publicitario en el que un chico comía una rica salchicha.

Confuso había probado una sola salchicha en su vida. En una de las tantas peleas de los vecinos divertidos, la mujer le arrojó una salchicha a su marido pero con tanta fuerza que fue a parar al patio del señor Dimitri. En realidad no fue a parar al patio porque, antes de que cayera, Confuso la tomó en el aire.

Lo recordaba perfectamente: vio venir la salchicha, así que dio un salto, abrió la boca y la tomó al vuelo con extraordinaria destreza. Estaba riquísima.

Después fue a pedirle a Dimitri que le hiciera salchichas pero su dueño respondió que de ninguna manera le daría esos productos que se hacen con restos espantosos de quién sabe qué cosa que tiran en las carnicerías. Que lo mejor era comer verduras.

—Igual me gustan las salchichas —le respondió Confuso en ese momento.

Dimitri Dimitrovich siguió enumerando cosas horribles que contenían las salchichas y Confuso no dejó de pedirle que igual las comprara. Hasta que Dimitri le dijo que las salchichas se hacen con carne de ¡perro! Seguramente era mentira pero Confuso ya no pudo pedirle que las comprara.

Por eso, ahora, cuando se juntaron el pensamiento «perro de la calle» y el pensamiento «salchichas», Confuso sintió miedo, porque el tercer pensamiento fue: «¿Y si soy raptado por humanos malos dedicados a fabricar salchichas con carne de


perro?».

Como en las peores pesadillas, no bien terminó de pensar eso se pararon frente a él dos hombres de fiero aspecto y uno de ellos dijo:

—¡Ése! ¡Metámoslo en la jaula!





ra lo que yo decía! ¡Era lo que yo decía! —se puso a gritar Eguchi Kamisato sin dejar de agitar sus alas y revolotear contra el techo.

El oculista le pidió que se quedara quieto y que no gritara, que no podía hacer su trabajo con alguien volando sobre su cabeza.

En una pequeña nube celeste funcionaba el Hospital de Angeles. Eguchi había llevado a Hitoshi a que lo revisaran en «Oftalmología». Hitoshi estaba sentado ante un aparato y el oculista lo observaba.

—Sí, vas a tener que usar anteojos, querido —dijo el oculista, después de efectuar algunas mediciones.

—¿Anteojos? ¡En la escuela no hay angelitos con anteojos! —se quejó Hitoshi.

—¿Y qué? —dijo Eguchi—. Serás el primero. Lo importante es que veas bien así no te equivocas al apuntar.

Efectivamente, con los anteojos que le dieron allí, Hitoshi veía mejor.

—Bajemos a la tierra a probar —dijo Eguchi Kamisato.

—¿Ya? Pero tengo que ir a cuidar al perro blanco que se mete en problemas.

—Bah, los perros saben cuidarse solos.

Antes de llegar al Parque Centenario los ángeles pasaron volando ante un alto edificio amarillo y allí Eguchi le dijo a Hitoshi que se detuviera.

En la entrada a un gran edificio un hombre y una mujer discutían.

El hombre parecía muy nervioso y no dejaba de agitar un libro mientras hablaba. La mujer tenía un ejemplar del mismo libro y cada tanto lo abría y señalaba alguna de sus páginas para indicarle algo al hombre. Ninguno de los dos escuchaba al otro y los dos gritaban.

—Vamos. Tenes que apuntarle al corazón del hombre.

—¿Y el detector de corazones solitarios? ¿Y el análisis de afinidades? ¿Y la...?

—¡Pavadas! Ejercí ciento cuarenta y cinco años de cupido y sé distinguir bien a los candidatos a enamorarse aunque se estén peleando. Todos esos aparatos modernos no sirven para nada —dijo Eguchi.



Con bastante temor Hitoshi se acomodó los anteojos, se apoyó sobre la rama de un árbol para tener el pulso más firme, preparó una flecha, extendió el arco, le apuntó al corazón de la mujer, rogó que no hiciera ningún movimiento brusco ni se moviera y...

—¡Dale, tirá de una vez! —se impacientó Eguchi.

La flecha dio perfecto en el blanco.

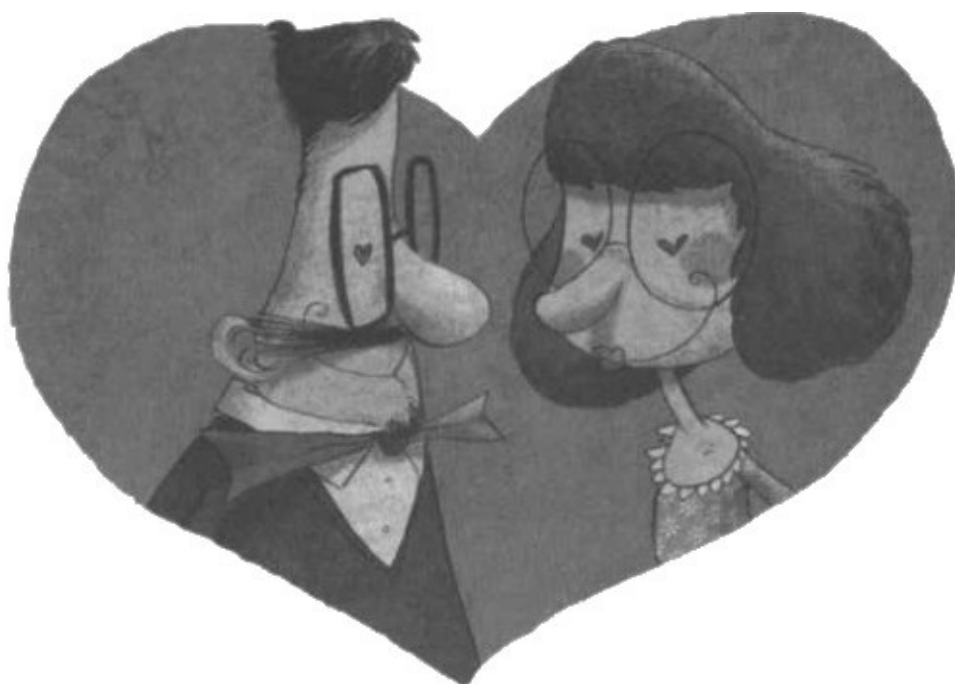
Hitoshi y Eguchi se abrazaron.

La mujer, que hasta entonces había estado gritando, calló de pronto y dirigió una mirada profunda al hombre, que seguía dándole golpes al libro y gritando. Como ella dejó de hablar y ahora lo miraba de un modo extraño, él también calló.

—Pese a todo, hay algo muy tierno en la historia de su libro —dijo la mujer con dulzura—. No sé por qué antes no reparé en eso pero ahora, de pronto, acabo de comprenderlo. Es esa parte en que el protagonista, Confuso, tiene miedo de que los marcianos lo hagan prisionero. ¡Hay tanta ternura en esa escena!

La segunda flecha entró de costado en el pecho del hombre pero igual dio en su corazón.

—Oh, Irina —suspiró el hombre, mirándola a los ojos—. Son tan inteligentes tus opiniones. Y las palabras hermosas que utilizas. Y el análisis tan profundo del argumento, y...





Hay una manera de desarmar los romances —dijo de pronto Eguchi Kamisato.

Los dos ángeles estaban sentados en un banco del parque mirando un partido de fútbol que jugaban unos chicos. Hacía dos días que se conocían pero se entendían como si el conocimiento fuera de toda la vida. Hitoshi no podía ocultar la admiración que le provocaba aquel viejo ángel que sabía todo, y Eguchi sentía un gran cariño por ese angelito torpe e inseguro.

—¿Sí? Nunca me hablaron de eso en la Escuela de Cupidos —se intrigó Hitoshi.

—Es algo que he aprendido en tantos años de trabajar.

—¿Cómo se hace para desarmar un romance? Porque yo tendría que desarmar unos cuantos: el de la chica que se enamoró de un teléfono público, el cuidador del parque y la hamaca, el señor pelado que se enamoró de una sombra...

—Sí, por eso lo decía. Hay que solucionar todos estos líos que armaste.

—¿Qué tengo que hacer?

—Es una técnica que requiere paciencia. Hay que hacerlo cuando la persona está dormida. Con mucho cuidado, se le saca la flecha del corazón y se coloca un apósito o una venda.

—¿Es difícil?

—Más o menos. Te puedo enseñar.

—Primero tendré que averiguar dónde vive toda esa gente, ¿no?

—Claro. Y también hay otra opción... Volver a flechar a esa persona y a otra, para que se enamoren. ¡Pero tienen que ser dos que resulten adecuados! ¡No a un hombre y a una milanese, una mesita de luz o una sandía!

—¡Está bien, está bien, ya sé! ¡Uy, el perro!

—¿Qué perro?

—¡El perro blanco! ¡Allá anda! Pobre, está flaco y sucio.

—¿Es el perro que tenías que cuidar?

—Sí.

—¿Qué estás haciendo?

—Lo quiero enfocar con el detector de corazones sin amor, a ver cuánto mide. De paso mido también...

—¡Uf, basta, me marean esos aparatos!

—¡Trece de tristeza, trece de hambre, trece de falta de amor! ¡Muchísimo! Pobre perrito, necesita ayuda.

—¿Y para darte cuenta de eso te hace falta usar ese espantoso aparato? ¡Con sólo verlo un segundo cualquiera se daría cuenta!

—¿Cómo hago para ayudarlo?

—Vamos por partes. Solucionemos primero lo del hambre. Allá, en la otra cuadra se ve humo. Alguien debe estar haciendo un asado. Hay que guiarlo hasta allí.

—¿Cómo?

—Tengo una idea.

—¿Cuál?

—Sabías que los ángeles podemos mover y levantar objetos. Objetos muy livianos, por supuesto.


—No.

—Es un truco. Enseguida te voy a mostrar cómo, concentrándome, puedo sostener hasta doscientos gramos en mis manos.

—¡Quiero aprender ese truco!

—Tranquilo, te lo voy a enseñar... vamos...



 Dimitri Dimitrovich estaba nervioso, esperando la llegada de Irina Bronski, a quien había invitado a almorzar. El corazón le latía a mil por hora. El día anterior, durante una larga conversación telefónica, habían hablado sobre los gustos de cada uno. Irina le había confesado que lo que más le gustaba comer era asado, así que ahí estaba Dimitri, preparando el primer asado de su vida para conquistar a Irina.

La conversación había terminado a las doce de la noche y en ese mismo momento Dimitri se conectó a Internet para buscar información sobre cómo hacer un asado. La encontró en un sitio alemán. Ayudándose con un diccionario pudo entender la mayor parte de las frases.

Siguiendo esos consejos había tardado casi dos horas en encender el fuego y en conseguir que se formaran algunas brasas. Ahora la carne ya se veía dorada y el olor a asado invadía el patio y las casas vecinas. Por la chimenea salía una lengua de humo azul parecida al dibujo que decoraba la página de Internet de donde había obtenido toda la información.

Hasta a Dimitri se le abría el apetito sintiendo ese aroma. Con el palo que tenía en la mano derecha acomodaba las brasas y con el tenedor que tenía en la izquierda daba vuelta los trozos de carne y los chorizos. Todo parecía muy bien encaminado, cuando un hecho inesperado lo sobresaltó: ante sus ojos asombrados un chorizo comenzó a elevarse.

El chorizo voló hasta el centro del patio, columpiándose como si una mano invisible lo sostuviera por el hilo. Dimitri alcanzó a saltar y lo tomó, quemándose la mano.

En el sitio de Internet donde daban las instrucciones para hacer un buen asado no decían nada sobre esa propiedad de los chorizos de salir volando. Seguramente era algo tan obvio que el dueño de la página no creyó necesario explicarlo. Tal vez los chorizos tuvieran una especie de gas en su interior que al calentarse los hacía volar. Después de todo un chorizo es bastante parecido, sólo que en miniatura, a un globo aerostático.



—Seguramente los asadores sujetan a cada chorizo con hilo o alambre —se dijo Dimitri.

A continuación buscó en toda la casa algún trozo de alambre o de hilo, pero no encontró nada. Finalmente tomó una cinta roja que servía para atar regalos. Con esa llamativa cinta fijó cada chorizo a la parrilla, formando un delicado moño en cada uno.

Justo cuando terminó de atar el último chorizo sonó el timbre de calle.

Era Irina y estaba bellísima.

—Te presento a Nerviosa —dijo la chica, después de saludar—. Nerviosa, te presento a Dimitri.

—¡Oh, qué linda perrita! —dijo Dimitri.



Nerviosa no respondió al saludo de ese hombre porque ni bien entró a la casa, lo que le llamó la atención fue un olor que pudo identificar entre el olor a carne asada y otros aromas: olor a Confuso.

¿Su amigo Confuso, su querido amigo Confuso, al que extrañaba y no había vuelto a ver después de la última discusión sobre ese horrible libro, vivía allí?


Nerviosa recorrió cada centímetro de la casa y comprobó que además de olor a Confuso allí había pelos de Confuso, una pelota de goma mordida sin duda por Confuso, una casita de madera donde decía «Confuso», libros iguales a los que habían leído en el parque y una gran foto en una sala donde el dueño de casa, ese hombre con aspecto de torpe, aparecía abrazando a Confuso. En fin... ¿tenía que ser la casa de Confuso! Pero ¿dónde estaba él? ¿Se habría perdido?

Nerviosa regresó al patio para decirle a Irina que allí vivía su nuevo amigo Confuso, pero le fue imposible hablar con su dueña. Irina estaba cambiada. No oía nada que no fueran las palabras de ese hombre, no veía nada que no fuera él, y lo miraba todo el tiempo con cara de ensoñación ¿qué le pasaría? ¿Y el hombre? Él también la miraba a Irina con esa cara de tonto, sólo que en ese momento estaba ¡saltando, corriendo y persiguiendo a un chorizo que volaba! ¡Qué raro era todo ahí! El hombre debía estar loco. Seguramente por eso Confuso se había ido.

—¡Otra vez, otra vez! —gritaba Dimitri desesperado, trepando a una silla para atrapar el chorizo volador. Irina, para ayudarlo, subió a una mesa y saltó, pero en lugar de atrapar el chorizo fugitivo, cayó al vacío. Dimitri alcanzó a tomarla en brazos y los dos rieron, divertidísimos. ¡Qué tontos! Nerviosa, nerviosa, se puso aun más nerviosa.



EL CHORIZO VOLADOR

 Eguchi Kamisato fruncía el ceño mientras volaba, haciendo un gran esfuerzo para mantenerse concentrado y poder sostener el chorizo que llevaba pendiendo del hilo. Desatar el chorizo le había costado un gran esfuerzo mental. Y una vez que había logrado liberarlo de la cinta y lo llevaba flotando a cierta altura para hacerlo pasar por encima de la pared, tuvo que moverlo rápidamente para que el hombre que estaba asando no pudiera agarrarlo como había ocurrido en el primer intento.

Desde allí Eguchi había trasladado el chorizo hasta las cercanías del perro y ni bien éste olió ese delicioso aroma, se lanzó a la carrera en su persecución. Eguchi volvió entonces hacia la casa de Dimitri, acompañado por el asombrado Hitoshi que volaba a su lado. Abajo, corriendo y dando saltos desesperados, iba Confuso.

El perro no podía creer que ese rico chorizo pudiera volar a centímetros de su nariz y que él no pudiera alcanzarlo.

Así, con gran destreza, Confuso fue guiado hasta la vereda de la casa de Dimitri.

Finalmente Eguchi se paró sobre el tapial, en espera de que el perro se pusiera a ladrar y alertara a su dueño.

—Allí está de nuevo el chorizo que se fue volando —comentó Dimitri desde el patio. Irina lo miró como si estuviera loco y después miró el chorizo que efectivamente estaba flotando sobre el tapial.

No hubo tiempo para explicaciones.

De pronto una cosa enorme y peluda pasó por arriba del tapial y aterrizó sobre la delicada mesa con copas finas que estaba preparada en el centro del patio...

—¡Confuso! —ladró Nerviosa.

—¡Confuso! —gritó Dimitri.

—¡Dios mío! —exclamó Irina, confundida.

Los ladridos de alegría de Confuso, las lamidas que le daba a su dueño en la cara, los saltos y gritos de Nerviosa, las carcajadas de Dimitri y el chorizo que regresó solo a la parrilla, desconcertaron un tanto a Irina.



Poco a poco volvió la calma y entre Irina y Dimitri pudieron rearmar la mesa.

El asado no parecía ser el mejor del mundo pero a Irina le pareció muy rico, a Nerviosa bastante pasable y a Confuso el más exquisito que se hubiera hecho jamás en la historia del mundo.

También sentados a la mesa, pero invisibles, los dos ángeles disfrutaron de la comida.

Eguchi le enseñó a Hitoshi a concentrar su mente hasta límites increíbles, como para poder tomar con las manos un pedazo de carne y comerlo. Estaban sentados uno en cada extremo de la mesa.

Acaso porque sólo podían prestar atención a la felicidad del reencuentro, a Confuso y a Nerviosa no les resultaba demasiado llamativo ver pasar flotando ante sus ojos pequeños trozos de carne en dirección a los extremos de la mesa.

Tampoco era un problema para Dimitri e Irina. Él porque no sabía demasiado sobre cómo se comporta la carne asada y ella porque estaba ocupada en mirarlo a él a los ojos.

—Hitoshi —dijo Eguchi, golpeándose la panza, satisfecho—, creo que ya es hora de practicar arco y flecha.

—Estaba pensando lo mismo —dijo Hitoshi, sonriendo.

Fueron dos perfectos flechazos que dieron de lleno en los corazones de Nerviosa y Confuso.

Desde entonces el asado del domingo fue una cita obligada para esta extraña familia compuesta por humanos, animales y ángeles.





RICARDO MARIÑO (4 de agosto de 1956 Chivilcoy, Provincia de Buenos Aires). Es escritor y periodista y también autor de numeroso libros para niños y adolescentes. Colabora con distintos medios periodísticos. Entre sus títulos figuran *La casa maldita*, *El insoportable*, *Botella al mar*, *El hijo del superhéroe*, *Cuentos ridículos*, *Lo único del mundo*, *Ojos amarillos*, *Roco y sus hermanas* y *Perdido en la selva*. Entre otras distinciones, ha merecido el premio Casa de las Américas, varias recomendaciones de IBBY (*International Board of Books for Young People*) y, en dos oportunidades (1994 y 2004), el Premio Konex a la trayectoria.